

EN PUNTO

tuido desde el día 23 de junio, si la izquierda ganara ese día. Ya que, en uno y otro caso, no nos encontraríamos ante un gobierno neutro encargado de una simple gestión, sino ante un gobierno de movimiento. Habría, después, que preparar la puesta en marcha de un nuevo régimen de vida, el encauzamiento rápido hacia una sociedad más justa, hacia una sociedad de inspiración socialista. También habría, por fuerza, que afrontar los problemas agudos que entonces se plantearían. En uno y otro caso habría que abrir un camino coherente y rápido hacia las necesarias reformas de estructuras demasiado tiempo pospuestas a través de los escombros institucionales, políticos, universitarios, sociales y económicos.

EL PROGRAMA

El programa de trabajo de un gobierno de izquierda —llegado al poder por voluntad inmediata de los electores o más tarde, después del inevitable hundimiento de un nuevo gobierno gaullista— tiene, pues, una importancia decisiva. Para que tal gobierno pueda afrontar sus tareas inmediatas y, al mismo tiempo, crear nuevas condiciones irreversibles que garanticen para el porvenir la indispensable evolución positiva, se plantea el problema, tantas veces debatido, de su programa.

Me habría gustado —y por ello luto desde hace años— que las formaciones de izquierda aprovecharan el respiro que las desafortunadas circuns-

tancias políticas les han concedido para elaborar seriamente este programa en función de las realidades humanas y económicas de nuestro tiempo. Un debate entre las formaciones de la izquierda, los partidos, los sindicatos, las asociaciones culturales, habría permitido traducir en proposiciones renovadas las viejas aspiraciones a la justicia y a la eficacia. Los altos cargos de la izquierda no han elaborado estas propuestas, cuyo estudio habría exigido un auténtico trabajo y un esfuerzo evidentemente difícil. Absorbidos por su lucha contra el poder personal, han abordado las últimas pruebas sin que se sepa claramente lo que proponían. A pesar de unos primeros intentos, que habría habido que continuar con más rigor y al margen de

preocupaciones electorales a corto plazo, el país no tenía seguridad de que se pusieran, llegado el día, de acuerdo sobre las decisiones a tomar. No voy a insistir sobre la gravedad de esta laguna. La confrontación y el leal debate entre todos los que aspiran al cambio siguen siendo indispensables.

Si se manifestara una muy amplia voluntad, si los hombres de acción y en primer lugar los jóvenes impulsaran inmediatamente medidas y decisiones apropiadas, la fe renacería inmediatamente y conjuntamente la fuerza irresistible que siempre se desprende de ella. De golpe, todo el porvenir se encontraría modificado. ■ P.M.F.

© L. FORESTIER, 1968

EPISCOPADO FRANCÉS

Toma de posición ante la crisis

Días después de los acontecimientos que pusieron en grave peligro al régimen gaullista, el Consejo Permanente del Episcopado francés ha formulado la siguiente declaración:

1) Los cardenales y obispos del Consejo Permanente, reunidos con ocasión de su habitual sesión de verano, han examinado atentamente la actual situación; no como economistas ni como sociólogos, sino según la misión que les corresponde. Han constatado que los recientes acontecimientos han sido interpretados por la opinión pública de modo muy diverso. Las reacciones divergen entre los jóvenes, los adultos, los habitantes del medio rural, los de las ciudades, los estudiantes, obreros, directivos, jefes de empresa... Allí donde algunos no han visto más que desorden, otros vieron promesas de renovación. Una grave división amenaza con separar a los franceses, división que sería perjudicial para el bien común de la nación. Una grave división amenaza a los cristianos, división que pondría en peligro la unidad y la misión de la Iglesia.

2) Como ya lo subrayaron el arzobispo de París y numerosos obispos, más allá de la repentina explosión de las «contestaciones», se trata de un movimiento de fondo de considerable amplitud que convoca a la construcción de una sociedad nueva, donde las relaciones humanas se establecerían sobre unos módulos completamente diferentes.

3) Los obispos franceses se encuentran tanto más dispuestos a acoger esta sociedad nueva teniendo en cuenta que el Concilio —sensible a los cambios del mundo— había presentado la exigencia y fijado las condiciones esenciales. Además, desde hace bastante tiempo, cristianos —jóvenes y adultos de todos los medios— presentes en las estructuras temporales, les participaban sus inquietudes y sus búsquedas.

4) Hasta nuestros días, situaciones de injusticia han presionado violentamente a demasiados hombres y grupos humanos, privándoles de auténtica libertad. Se trata de repartir más justamente —de acuerdo con el orden mismo del Creador— todas las riquezas: riquezas materiales y, todavía más, riquezas culturales y responsabilidades. Pero tal resultado, para ser estable, no acertaría a obtenerse por otra violencia, ciega y brutal.

5) Por encima de los mitos y de fáciles «slogans»; por encima de las reacciones pasionales, resulta preciso

acometer una obra de mayor alcance. Esta obra exige lucidez, competencia, tenacidad y respeto al papel de las instituciones intermedias. Se ha alcanzado un punto del que no se puede retroceder. A partir de ahora, el ejercicio de la autoridad requiere el diálogo y el acceso de todos a mayores responsabilidades. La autoridad necesaria para la vida de toda sociedad no puede salir más que reforzada.

6) El esfuerzo del reparto de los bienes y de las responsabilidades debe excluir cualquier forma de discriminación y actuar, con carácter prioritario, en beneficio de las categorías más desfavorecidas: pequeños asalariados del mundo industrial y marítimo, modestos agricultores, artesanos y pequeños comerciantes, emigrados, impedidos, enfermos y ancianos. La revalorización de los salarios más modestos debe ir acompañada de una renuncia a los beneficios excesivos. Sin rechazar una razonable jerarquía de salarios existen desajustes que no pueden ser admitidos. La voz de los más humildes debe poder expresarse y ser oída en el seno de todas las organizaciones. En esta misma perspectiva —y a pesar de las dificultades actuales—, la economía nacional debe asumir generosamente su deber de solidaridad con el Tercer Mundo, deber que las circunstancias convierten más que nunca en urgentes.

8) Pero la transformación, valiente y necesaria, de las estructuras culturales, sociales, económicas y políticas no será suficiente para disipar el profundo malestar de los espíritus y los corazones. Lo que piden los hombres de nuestro tiempo —y en especial los jóvenes— no son solamente medios de vida, sino razones para vivir. Nuestra sociedad ha exaltado las aspiraciones hacia un nivel de vida más elevado; su pecado no estriba en intentar satisfacerlo, sino de habernos encerrado en él. Al hombre no puede reducirse al único papel de productor, de consumidor o de simple actor. Incluso rebelándose contra esas coacciones, ¿sabría escapar por sus propios medios a la desesperanza y al absurdo? ¿No se desprenderá de esas servidumbres para convertirse en prisionero de sí mismo?

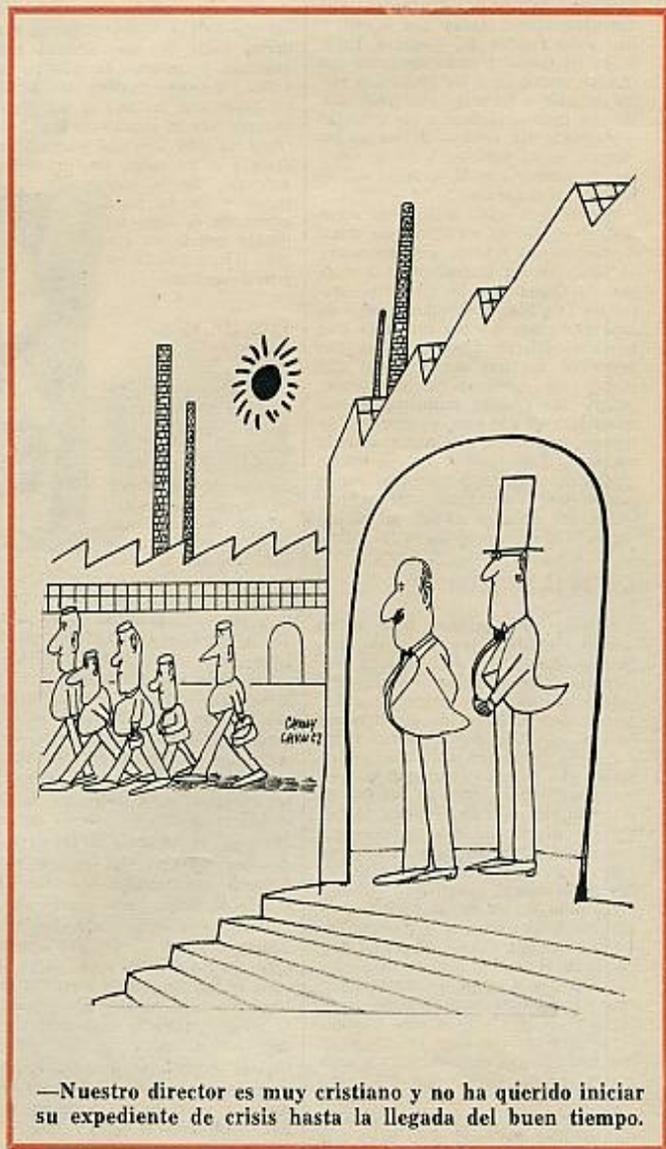
¿Dónde encontrará el sentido de su destino? Yendo hacia Dios a través de Jesucristo.

9) A pesar de ser conscientes de no haber extraído del Evangelio toda la luz que encierra, los obispos afirman —con renovada convicción— que no hay más salvación para el hombre que en Jesucristo.

Jesucristo es Camino, Verdad y Vida.

Revela a los hombres lo que son. Les ilumina, fortifica, los purifica en los esfuerzos que tienen que realizar para

transformar el mundo. Al convertirlos en hijos de un mismo Padre, los une en la fraternidad.



—Nuestro director es muy cristiano y no ha querido iniciar su expediente de crisis hasta la llegada del buen tiempo.

COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, Chmy-Chiméiz, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, R. López Goicoechea, A. López Muñoz, Víctor Marqu岸 Revirlego, José Monleón, César Santos Fontenla. FOTOS: Cifra y Archivo.